

dejado á la princesa su esposa, y habiéndole asegurado que estaba bajo la protección de una guardia española todavía á bordo del bergantín, mandó el general fuese traída con su escolta á su presencia.

Esta era la menor de las hijas de Montezuma; y apenas había llegado á la edad de poderse llamar muger. Al subir al trono su primo Guatemotzin se desposó con ella, tomándola por su esposa legítima (29), y es celebrada de sus contemporáneos por la gracia de su persona, notando los españoles que de esta hermosa princesa Tecuichpo, en sus segundas nupcias, descienden algunas familias ilustres de su propia nación (30). Cortés la recibió amistosamente, mostrándole las respetuosas atenciones consiguientes á su rango. Dábale su origen un doble interés á sus ojos; y al dirigir sus miradas á una hija del desgraciado Montezuma, quizá sintiera algún remordimiento. Invitó á sus reales prisioneros á tomar algunos refrescos, que tan oportunos eran para tan necesitadas personas, extenuadas por la hambre. Entre tanto, el jefe español dió sus disposiciones para la noche, mandando que Sandoval escoltase á los prisioneros hasta Coyohuacan, adonde se proponía él mismo seguirlos. Los otros capitanes, Olid y Alvarado, debían replegar sus fuerzas á sus respectivos cuarteles. Era imposible para ellos continuar en la capital, donde los venenosos miasmas de tantos cadáveres insepultos, formaban una atmósfera de infección. En los arruinados suburbios se estableció solo una pequeña guardia para conservar el orden. Era la hora de vísperas cuando fué hecho prisionero Guatemotzin, y entonces fué cuando pudo considerarse el sitio como terminado (31). La tarde se puso oscura y aun empezó

(29) La ceremonia del matrimonio que distinguía la muger legítima de la concubina, la describe D. Thoan Cano en su conversacion con Oviedo. Segun éste, aparece que la única prole legítima que á su muerte dejó Montezuma, consistía en un hijo y una hija que era esta misma princesa. Véase el apéndice, part. 2.ª núm. 11.

(30) Para mas amplias noticias de la hija de Montezuma, véase el lib. VII, cap. III de esta historia.

(31) Este suceso anualmente se recuerda, ó mas bien se recordaba en tiempo del gobierno español, por medio de una solemne procesion alrededor de las murallas de la ciudad, que se hacia el 13 de Agosto, y se componía de los principales caballeros y ciudadanos á caballo, presididos por el virey, conduciendo el venerable estandarte del conquistador (a).

(a) El pendon, que no era el estandarte del conquistador, sino la bandera real con que se hacian las juras, y que se conservaba en la sala del ayuntamiento, se llevaba por el alférez real, acompañándolo el virey, audiencia y demas autoridades, todos á caballo, á las vísperas de la iglesia de San Hipólito, y al día siguiente, despues de la misa se volvía al ayuntamiento con la misma solemnidad. En los últimos años iba la comitiva en coche, lo que hacia la fiesta menos solemne, hasta que se suprimió por decreto de las cortes de Cadiz el año de 1812.

á llover ántes de que todas las divisiones hubiesen evacuado la ciudad (32). Durante la noche estalló sobre el valle de Méjico una tempestad tan tremenda, que los españoles rara vez habían sido testigos de otra igual, y que solo en los trópicos las hay tan terribles. El trueno retumbaba por todo el anfiteatro de rocas de las colinas, bramaba sobre la extension de las aguas, conmovia los *teocallis*, y los pocos y desmoronados edificios que aun quedaban en pié en Tenochtitlan, hasta sus cimientos. El relámpago parecia abrir hondas grietas en las bóvedas de los cielos, y su vívida llama envolvia toda la escena por un momento en una deslumbradora claridad, para sumergirla de nuevo en una obscuridad mas espantosa. La guerra de los elementos estaba en consonancia con la suerte de la ciudad arruinada, como si las deidades de Anahuac, huyendo espantadas de su antigua mansion, gritando y aullando formaran el tremendo sonido que se oía en los aires, al abandonar á su destino la capital rendida (33).

Al día siguiente, Guatemotzin pidió al comandante español que permitiese á los mejicanos salir de la ciudad y pasar sin ser molestados al campo abierto, lo que consintió Cortés prontamente, como que sin esto no se hubiera podido proceder á la purificacion de la capital. En consecuencia, dió sus órdenes para la evacuacion de la plaza, mandando que ninguno, ya fuese de los españoles ó de los aliados, infriese violencia á los aztecas, ni de ninguna manera les impidiesen su marcha. El número total de estos es cal-

(32) Toribio, Hist. de las Ind. MS. part. 2, capítulo 7.º Sahagun Hist. de la N. España, MS. lib. 12, cap. 42. Bernal Diaz, Historia de la Conq. cap. 156.

"Habiéndose rendido el señor de Méjico, dice Cortés en su carta al emperador, la guerra por el favor del cielo ha sido terminada el miércoles 13 de Agosto de 1521, y desde el día que comenzó el sitio, que fué el 30 de Mayo, hasta su final ocupacion, han corrido 75 días." [Rel. Terc. ap. Lorenzana pág. 300]. No es facil decir qué suceso ocurrió el 30 de Mayo, que se designa como principio del sitio. Clavijero cree que fué la ocupacion de Coyohuacan por Olid. [Stor. del Messico tom. III, pág. 196]; pero yo no sé en qué se funda. Ni Bernal Diaz, ni Herrera, ni Cortés fijan así esa fecha. A la verdad, dice Clavijero, que Alvarado y Olid salieron de Tezcuco el 20 de Mayo, mientras Cortés dice que el día 10. Acaso Cortés cuenta desde que Sandoval ocupó la calzada del Norte, y se completó el cerco de la ciudad. Bernal Diaz, mas de una vez dice que el sitio duró tres meses, computando probablemente desde que su propia division al mando de Alvarado tomó su posicion en Tacuba ó por hablar en términos generales.

(33) Esto al parecer no perturbó el descanso de las tropas, que estaban tan ensordecidas con los diversos ruidos del sitio, que ahora que había cesado "nos sentimos dice Diaz, con su acostumbrado estilo, como repentinamente escapados de un campamento donde hubiéramos estado encerrados por algunos meses, con un clamoreo de campanas sonando en nuestros oídos." Ibid. ubi supra.

culado con variedad desde treinta hasta setenta mil, sin incluir mugeres y niños, que habian sobrevivido á la espada, á la peste y á la hambre (34). Lo cierto es, que estuvieron tres dias desfilando por todas las calzadas, lo que formaba un triste espectáculo (35), maridos y mugeres, padres é hijos enfermos y heridos, apoyándose unos sobre otros para no caer, al caminar con pié vacilante, extenuados y medio cubiertos apenas de tales harapos, que á cada paso descubrían horribles heridas, frescas las unas, otras pudriéndose por la falta de cuidado en tan largo tiempo, y todos arrastrando consigo una atmósfera pestilente. Sus cuerpos consumidos y sus semblantes en que se veía estampada la hambre, eran la mejor relacion de toda la historia del sitio; y al acercarse aquella multitud errante á la orilla opuesta, hacían de cuando en cuando una pausa para dirigir sus últimas miradas al lugar que poco há coronaba la imperial ciudad, que era su caro hogar, y que ahora mas que nunca realzaba á sus ojos el recuerdo de tantas glorias pasadas.

Luego que salieron los habitantes, se tomaron diversas providencias para purificar la ciudad. Día y noche se encendían muchas hogueras, especialmente en el cuartel de Tlaltelolco, y se recogió multitud de cadáveres que yacían enmoheciéndose en las calles y se enterraron. Es imposible formar un cómputo probable de todos los que perecieron durante todo el sitio. Las relaciones varían desde ciento veinte mil, que es el cálculo mas bajo, hasta doscientos cuarenta mil (36). El número de los que perdieron los españoles

(34) Herrera, [Hist. general, déc. 3, lib. 2, cap. 7], y Torquemada, [Monarqu. Indiana, lib. 4.º cap. 101], los estiman en 30.000.- Ixtlilxochitl dice que 60.000 hombres de armas las rindieron (Venid. de los Esp. pág. 49); y Oviedo hace subir el número á 70.000 (Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 48]. Despues de las pérdidas del sitio este número es excesivo.

(35) "Digo que en tres dias con sus noches iban todas las calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenas de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios, é amarillos é hediondos que era lástima de los ver." Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 156.

(36) Cortés estima las pérdidas del enemigo en los tres diferentes asaltos, en sesenta y siete mil hombres, que con 50.000 que dice perecieron de hambre y de enfermedades, hacen 117.000. (Rel. Terc. apud Lorenzana, pág. 298, y en otros lugares). Pero este cálculo es relativo al tiempo que precedió al principio del vigoroso plan de operaciones para la demolición de la ciudad. Ixtlilxochitl, que rara vez deja que alguno le exceda en ponderaciones, pone los muertos en números redondos en 240.000, incluyendo la flor de la nobleza azteca. [Ven. de los Esp. pág. 51]. Bernal Diaz observa con mas generalidad. "Yo he leído la historia de la destrucción de Jerusalem, y dudo si en ella hubo tantos muertos como en este sitio, porque se reunió en Méjico un inmenso número de guerreros indios de todas las provincias y ciudades sujetas á Méjico, cuyo mayor número pereció." Hist. de la Conquista cap. 156. "Yo he conversado, dice

fué comparativamente corto; pero el de los aliados debe haber sido considerable, si fuere cierto lo que asienta el historiador tezcucano, á saber, que solo paisanos suyos perecieron treinta mil (37). No puede dudarse de que el número de los que perecieron dentro de la ciudad fué inmenso, si se considera que además de su numerosa población propia, se había amontonado en ella la de las ciudades circunvecinas, que no confiando en sus propias fuerzas para resistir al enemigo, buscaron un asilo dentro de sus murallas.

El botín que se encontró, esto es, los tesoros de oro y joyas, único botín de valor á los ojos de los españoles, fué muy inferior á lo que esperaban. Segun la relacion del general, no excedió de ciento treinta mil castellanos de oro, inclusa la parte del soberano, la cual, á la verdad, tomando en cuenta muchos artefactos curiosos y de costo, voluntariamente cedidos por el ejército, pasó considerablemente de su legítimo quinto (38). Los aztecas poseían todavía un tesoro mucho mas valioso, aun cuando solo fueran reliquias del que recobraron los españoles en la noche de su memorable huida de Méjico. Alguna parte de este botín debieron sacarla fuera de la capital, otra parte se gastaría en los preparativos para la defensa, y la mayor parte la enterraron ó la arrojaron al agua en la laguna, realizando así las amenazas que habian hecho á los españoles, cuya avaricia tuvieron al fin la satisfacción de ver burlada.

La presencia de los indios aliados ya no era necesaria á Cortés. Reunió á los gefes de los diferentes cuerpos, les dió las gracias por sus servicios, habló de su valor en términos honoríficos, y despues de distribuir entre ellos varios presentes, dándoles la seguridad de que el emperador su amo recompensaría su lealtad con mayor largueza, los envió á su casa. Ellos se llevaron una considerable parte de los despojos de lo que habian pillado en las casas, que no era de lo que excitaba la codicia de los españoles y se volvieron triunfantes, ¡triunfo bien efímero por el éxito de su expedición y por la caída de la dinastía azteca!

Oviedo, con muchos hidalgos y con otras personas, y les he oído decir que el número de muertos fué incalculable, mayor que el que hubo en Jerusalem, segun la descripción de Josepho. (Hist. de las Ind. MS. lib. 30, cap. 30). El historiador Judío hace subir su cálculo á 1.100.000 muertos, (Antig. de los Judíos, Trad. Ingl. lib. VII, cap. XVII), por lo que la comparación no dejará de asustar aun á los mas crédulos. Se debe excusar entrar en cuentas, cuando los datos son tan faltos é inseguros para asentar lo cierto con toda exactitud.

(37) Ibid. ubi supra.

(38) Rel. Terc. apud Lorenzana, pág. 301. Oviedo entra en algunos pormenores respecto del monto del tesoro y especialmente del quinto imperial, sobre cuya materia haremos algunas observaciones en otro lugar. Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 31.

Grande fué tambien la satisfaccion de los españoles por el brillante fin de su larga y trabajosa campaña. Es cierto que se vieron burlados á causa del poco valor del tesoro encontrado en la ciudad conquistada; pero el soldado está por lo general tan pagado de lo presente, que apenas se cuida del porvenir; y aunque su descontento se mostró despues de una manera mas ruidosa, por lo pronto solo pensaban en su triunfo y se abandonaron al júbilo. Cortés celebró el suceso con un banquete tan suntuoso, como lo permitian las circunstancias, al cual fueron convidados todos los caballeros y oficiales. Tan larga, tan tumultuosa y tan llena de excesos fué la orgía, que provocó las reprensiones del padre Olmedo, quien les declaró que no era este el medio conveniente de manifestarse agradecidos á los favores de que les habia colmado el Todopoderoso. Cortés, si bien reconoció la justicia del reproche, imploró alguna indulgencia para la licencia de sus soldados en esta hora del triunfo. El siguiente dia fué señalado para hacer una conmemoracion de sus victorias, de una manera mas conveniente.

Todo el ejército se formó en procesion, presidida por el padre Olmedo. Las banderas sucias y andrajosas de Castilla, que habian ondeado sobre muchos campos de batalla, daban sombra á aquella fila de soldados pacíficos que iban caminando lentamente rezando la letanía, ostentando la imágen de la Virgen y el símbolo sagrado de la redencion del género humano. El reverendo padre pronunció un sermón en el que brevemente recordó á las tropas los grandes motivos que tenian para dar gracias á la Providencia, de haberlos sacado á salvo de su larga y arriesgada peregrinacion; y deteniéndose acerca de la responsabilidad que por su posicion actual tenian, les rogó no abusasen de su derecho de conquista, sino que tratasen con humildad á los infelices indios. En seguida dió la comunión al general en jefe y á los principales caballeros, concluyendo la funcion con una solemne accion de gracias al Dios de las batallas, por haberles concedido plantar triunfante la bandera de la Cruz sobre el bárbaro imperio de los aztecas (39).

Así despues de un sitio que duró cerca de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor de los sitiados, que jamas sucumbieron bajo el peso de sus sufrimientos, cayó la afamada capital de los aztecas, y puede con verdad llamarse este sitio sin igual, por la constancia y el valor, si recordamos que todo el tiempo que duró el cerco, tuvieron los sitiados abierta la puerta para una capitulacion honrosa, y que rechazando con severidad todas las proposiciones del enemigo, prefirieron como valientes la muerte á la rendicion. Mas de tres centurias habian transcurrido desde

(39) Herrera, Hist. gen. déc. 3, lib. 2, cap. 8. Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 156. Sahagun, Hist. de N. Esp. MS. lib. 12, cap. 42. Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 30. Ixtlilxochitl, Ven. de los Esp. pág. 51 y 52.

que la tribu errante y pobre de los aztecas habia venido desde el remoto confín del Noroeste hasta la mesa central de la cordillera. Aquí edificaron sus miserables chozas en el lugar que, segun la tradicion, estaba señalado por el oráculo. Sus conquistas, limitadas al principio á los inmediatos contornos, gradualmente se extendieron por el valle, salvaron las montañas, se esparcieron por la ancha extension de las llanuras, bajaron sus pendientes colinas y se precipitaron hasta el golfo mejicano, y hasta los distantes confines de la América central. Su miserable capital, á proporcion que ensanchaban su territorio, crecia, trasformándose en una ciudad floreciente, cubierta de edificios, monumentos de las artes, y llena de una numerosa poblacion; todo lo cual le dió el primer rango entre las capitales del mundo occidental. Entónces, de las regiones mas distantes al Este, vino otra raza de extranjeros como ellos, cuya venida tambien habia sido anunciada por un oráculo, y apareciendo en su centro, los asaltó, cuando se hallaban en el zenit de su prosperidad, y los borró del mapa de las naciones para siempre. Todos estos hechos, ¿no parecen mas bien pertenecer á la fábula que á la historia? ¿no parecen mas bien una leyenda novelesca, un cuento de las mil y una noches?

Sin embargo, no podemos sentir la caida de un imperio que tan poco hizo en favor de la felicidad de sus súbditos, y de los verdaderos intereses de la humanidad. A pesar del esplendor que sus últimos dias adquirieron por la gloriosa defensa de su capital, por la magnificencia y templanza de Montezuma, por el heroismo intrépido de Guatemotzin, los aztecas eran una raza fiera y brutal, poco á propósito, bajo cualquiera punto de vista que se les considere, para excitar nuestra simpatía y consideracion. Su civilizacion, tal como era, no les era propia sino copiada, acaso imperfectamente, de otra raza, á la cual sucedieron en la posesion del territorio, y como un generoso vástago injerto en un tronco vicioso, no pudo llegar á perfeccionar sus frutos. Los aztecas dominaron sus vastos estados con una espada en lugar de cetro, y sus vasallos eran siervos destinados solamente á servir á su antojo, contenidos por el temor á las guarniciones militares y aniquilados con los impuestos en tiempo de paz, y con las reclutas en tiempo de guerra. Semejantes á los romanos en la naturaleza de sus conquistas, no los imitaron, extendiendo como ellos los derechos de ciudadanos á los vencidos, ni los amalgamaron para formar una gran nacion, por medio de derechos y de intereses comunes. Al contrario, los trataron como extranjeros, aun á aquellos mismos que estaban agrupados en el valle, al derredor de las murallas mismas de la capital. La metrópoli azteca, siendo el centro de la monarquía, no tenia nada de comun con las simpatías ni con los sentimientos del resto del cuerpo político: era extranjera en su propio pais.

Pero no solo no mejoraron los aztecas la condicion de sus vasallos, sino

que, moralmente hablando, hicieron mucho para empeorarla. ¿Cómo puede una nación, donde se ofrecen sacrificios humanos y donde se combinan estos mismos sacrificios con los usos de caníbales, progresar en el camino de la civilización? ¿Cómo pueden consultarse los intereses de la humanidad en un país donde el hombre y el bruto que vuelve á la nada, se consideran de la misma especie? La influencia de los aztecas introdujo sus téticas supersticiones en países que, ó no las conocían, ó no las observaban, por lo menos en toda su fuerza. El ejemplo de la capital fué contagioso; y así como en Roma los espectáculos de los gladiadores llegaron á celebrarse cada vez con mas pompa, conforme iba en aumento el esplendor de la capital, así también conforme crecía la opulencia de Méjico, las festividades religiosas iban adquiriendo una magnificencia mas terrible. Hombres, mugeres, niños, la nación entera llegó á familiarizarse con estas horrorosas escenas, con estas repugnantes abominaciones, y asistían á ellas. Así se endureció su corazón y sus costumbres se volvieron feroces, la débil luz de la civilización que les habia transmitido una raza mas suave iba debilitándose mas y mas, y millares de millares de víctimas por toda la extensión del imperio, eran engordadas anualmente en sus jaulas, sacrificadas en sus altares, condimentadas y servidas en sus banquetes. El país era un vasto matadero de hombres. El imperio de los aztecas no cayó ántes de tiempo.

Es inútil discutir si estas atrocidades sin ejemplo dan suficiente disculpa á la invasión de los españoles; ya sea que, como opinan los protestantes, la creamos justificada por el derecho natural y por las exigencias de la civilización; ó como los católicos romanos, por la voluntad del papa; porque bajo estos aspectos han sido defendidas las conquistas de las mas de las naciones cristianas en el Oriente y en el Occidente, pues que ya ha sido considerado todo esto en uno de los capítulos anteriores.

Mas importante es examinar si dando por supuesto el derecho, la conquista de Méjico fué ejecutada de una manera conforme á lo que exigía la humanidad. Sobre este punto es preciso convenir en que, aun teniendo en consideración a ferocidad de aquel siglo y la relajación de sus principios, hay ciertos pasajes que todo español, celoso del honor de sus compatriotas, se alegraría de ver borrados de su historia, porque no pueden cohonestarse con la razón de la propia defensa ó de la necesidad de ninguna clase, y que dejarán para siempre una negra mancha sobre los anales de la conquista. Pero en general, la invasión hasta la toma de la capital, fué ejecutada bajo principios menos ofensivos á la humanidad, que los que se observaron en la mayor parte, y tal vez en todas las otras conquistas de la corona de Castilla en el Nuevo Mundo.

No es gran elogio decir, que los soldados de Cortés no usaron perros de presa para cazar á los infelices indios, como en algunas otras partes del continen-

te, ni exterminaron una población pacífica y sumisa por el solo placer de la crueldad, como en las islas, y algo es que no se hallasen muy contagiados con el espíritu de su siglo, y que su espada rara vez se manchara con sangre, sino cuando fué indispensable para el éxito de la empresa. Aun en el último sitio de la capital, las penalidades de los aztecas, si bien terribles, no fueron efecto de ninguna desusada crueldad de los vencedores, ni tampoco mayores que las causadas en su país á sus propios compatriotas en mas de una ocasión memorable, por las naciones mas civilizadas, tanto en épocas antiguas como en nuestros dias. Esos sufrimientos son la inevitable consecuencia de la guerra, cuando en vez de relegarla á su territorio propio, se hace contra el hogar doméstico y contra la pacífica comunidad de un pueblo, contra sus ciudadanos incapaces de llevar las armas y aun contra seres mas inofensivos como las mugeres y los niños. En el presente caso, de los daños que resintieron los sitiados, son responsables ellos mismos, por su patriótico, pero desesperado entusiasmo. No deseaban los españoles destruir la capital ó sus habitantes, ni estaba en sus intereses. Cuando alguno de estos caía en sus manos, era tratado con consideración: se ocurría á sus necesidades y se tocaron todos los medios para inspirarles un espíritu de conciliación, á pesar de la terrible suerte á que ellos destinaban sus prisioneros cristianos. Hasta los últimos momentos estuvo abierta la puerta para una capitulación liberal, aunque inútilmente.

El derecho de conquista necesariamente importa el derecho de usar cuanto fuerza sea necesaria, para superar la resistencia que se oponga al establecimiento de aquel derecho. Si de diverso modo hubiesen obrado los españoles, hubieran tenido que abandonar el sitio y aun la conquista del país. Si hubiesen permitido á los habitantes con su intrépido monarca huir, se hubieran prolongado los males de la guerra, trasladándola á otro punto diverso y mas inaccesible. Si la expedición habia de tener éxito, no les quedaba elección, y si nuestra imaginación se sobrecoge á la vista de tantos horrores en esta escena y en otras semejantes de la conquista, es de pensarse que tal es el resultado natural de las grandes masas de hombres empeñados en una lucha.

La suma de los padecimientos, no manifiesta por sí sola la suma de la crueldad que los causó, y en justicia es preciso decir, que el mismo brillo é importancia de las hazañas de los conquistadores de Méjico, ha dado á sus malas acciones una celebridad mayor, y los ha engrandecido mas allá de lo que estrictamente merecen. Justo es establecer bajo su verdadero punto de vista muchas cosas, no para disculpar los excesos de los conquistadores, sino para poder juzgar acertadamente con mas imparcialidad su conducta, comparándola con la de otras naciones en circunstancias iguales, en lugar de marcarla con una censura especial, por ma-

les que necesariamente dimanar de la naturaleza misma de la guerra (40). Yo no he echado un velo sobre estos males, porque el historiador no debe retraerse de pintar con sus verdaderos colores un carácter atroz que, despedazando los lazos de toda sociedad humana, se empeña en triunfar armando el brazo de un hermano contra su hermano, convierte un hombre civilizado en un bárbaro, y enciende el fuego del infierno en el corazón del salvaje, aunque la fortuna haya coronado estos hechos con el éxito, el cual bien puede rodearse de una aureola falsa de gloria.

Sea cual fuere la opinión que de la conquista se forme bajo el aspecto moral, considerada como un hecho de armas, no puede dejar de llenarnos de asombro. Que un puñado de aventureros mal armados y equipados abordase á las playas de un poderoso imperio, habitado por una raza valiente y guerrera, y despreciando las prohibiciones reiteradas de su soberano, se abriesen paso hasta el centro del país: que esto lo hiciesen sin conocimientos ni del idioma ni del terreno, sin un plano, sin instrumentos que les sirviesen de

(40) Nadie ha sido tan severo con los antiguos conquistadores, como sus propios descendientes los modernos mejicanos. Bustamante, el editor de Ixtlilxochitl, concluye una invectiva animada contra los invasores, recomendando la erección de un monumento en el sitio, que hoy está en seco, donde fué hecho prisionero Guatemotzin, el cual como lo expresa la misma inscripción que se propone, "entregue á la eterna execración, la detestada memoria de estos bandidos." [Venid. de los Esp. pág. 52, nota]. Cualquiera supondría que la pura sangre azteca, sin mezcla de una gota de la castellana, corre por las venas del indignado editor y de sus compatriotas, ó á lo menos que sus simpatías por la raza conquistada, les habrán hecho que sea reintegrada en sus antiguos derechos. Sin embargo de estos rasgos de generosa indignación de que están llenos los escritos de los mejicanos de nuestros días, ni la revolución, ni ninguno de esa numerosa serie de pronunciamientos, ha dado por resultado restaurarles un solo acre de su antiguo territorio (a).

(a) Es cosa muy singular que un escritor extranjero haya conocido mejor que los descendientes de los españoles en México, cuál es la posición de estos en el país, y que haya tenido que echarles en cara lo absurdo é inconsecuente de sus declamaciones contra sus mayores. En esta parte, aunque D. Carlos Bustamante haya sido el más extravagante de todos los escritores, casi no hay uno que no incida en este defecto, y no se necesita más que ver los periódicos aun los más acreditados, casi todos los discursos encomiásticos del 16 de Septiembre y hasta la acta de independencia, para convencerse de cuán arraigada está la preocupación extraña de que los hijos de los españoles han heredado los derechos de Moctezuma, y que la independencia no ha hecho más que reponer las cosas como estaban antes de la conquista. Los indios de Yucatan y de Sichú han sacado con mejor lógica las consecuencias que dimanar naturalmente de tan absurdos principios, y Dios quiera que no vayan tan adelante las cosas que lleguen á no tener remedio.

guía, sin la menor idea de las dificultades con que pudieran tropezar, ignorando si el primer paso que diesen los conduciría á una nación enemiga ó á un desierto, y buscando á ciegas con el tacto un camino en medio de la obscuridad: que aunque casi oprimidos en su primer encuentro con los habitantes, se dirigiesen apresuradamente á la capital, y llegando se arrojasen sin vacilar en medio de sus enemigos: que lejos de acobardarse por el extraordinario espectáculo de su poder y de su civilización, se confirmasen más y más en su primer designio: que se apoderasen del monarca, ejecutasen á sus ministros á la vista de sus súbditos, y cuando fueran arrojados fuera de las puertas de la ciudad y se vieron arruinados, juntasen sus dispersos restos, y siguiendo un plan de operaciones, llevado al cabo con tan consumada política como osadía, lograsen tomar la ciudad y establecer su dominación sobre el país: todo esto, ejecutado por un puñado de aventureros, faltos de todo, es un suceso casi milagroso que se desvía aun de las probabilidades que requiere la fábula, y que no admite paralelo en las páginas de la historia.

Sin embargo, no debe entenderse esto al pie de la letra, porque sería injusto para los mismos aztecas, ó al menos para sus proezas militares, considerar ejecutada la conquista directa y únicamente por los españoles. Esto sería armar á estos con el escudo encantado de Rugiero y con la lanza mágica de Astolfo, que vencía al tocarlos solamente centenares de enemigos. El imperio indio fué en cierto modo conquistado por los mismos indios. El primer encuentro terrible de los españoles con los tlascaltecas, que estuvo cerca de aniquilar á aquellos, fué el que de hecho les aseguró la victoria, dándoles un fuerte apoyo en el país mismo, donde poder retirarse á la hora de una desgracia, y al derredor del cual pudieron reunir las razas amigas de la tierra, para un gran asalto capaz de abrumar al enemigo. La monarquía azteca fué derribada por las manos de sus propios súbditos, bajo la dirección de la sagacidad y del saber europeo. Unidos hubieran desafiado á los invasores; pero la capital estaba separada del resto del país; y el rayo que habría pasado á distancia, casi sin ofenderle, si el imperio hubiera estado compacto con el vínculo de la lealtad y del patriotismo, se abrió paso por entre las grietas y hendeduras del edificio mal enlazado, y sepultó al imperio bajo sus propias ruinas. Sirva su suerte como una palpable prueba de que un gobierno que no está asentado sobre la base de las simpatías de sus súbditos, no puede existir largo tiempo: de que las instituciones humanas, no estando enlazadas con la prosperidad y el progreso, inevitablemente caen, si no ante la luz creciente de la civilización, bajo la mano de la violencia interior ó exterior: ¿y quién lamenta su caída?